

## HERIDAS EN FLANDES. LA CAMPAÑA DE FRISIA (1568).

Rojo Vega A

Cátedra de Historia de la Medicina. Facultad de Medicina.  
Universidad de Valladolid. España.

### Correspondencia:

Prof. Anastasio Rojo Vega  
Cátedra de Historia de la Medicina  
Facultad de Medicina  
Avda Ramón y Cajal 7  
47005 Valladolid. España  
rojo@med.uva.es

Algunos de los mejores cirujanos del Renacimiento se forjaron en los hospitales de primera sangre de las campañas de la época, por ejemplo Dionisio Daza Chacón por el lado español, y Ambrosio Paré por el francés, incluso Andrea Vesalio hizo sus pinitos en ellos, aunque fuese mucho mejor anatomista que cirujano.

De dicho período son también algunos de los más interesantes libros que se han editado, en todos los tiempos, en el área de la cirugía, especialmente los relacionados con la gran novedad de la época, las heridas por armas de fuego, arcabuces y escopetas. Pueden citarse, por ejemplo, los de Alfonso Ferrio, *De sclopetorum sive archibusorum vulneribus libri tres* (Lyon: Mathiam Bonhomme, 1553); Leonardo Botallo, *De curandis vulneribus sclopetorum* (Lyon: Guillaume Rouille, 1560); Lorenzo Jouberto, *Traité des archusades* (Lyon: Jean de Tournes, 1574); Josephus Quercetanus, *De curandis vulneribus, quae sclopetorum & similibus tormentorum ictibus acciderunt, Liber* (Lyon: Joannem Lertorium, 1576); o Hipólito Boscho, *De vulneribus à Bellico Fulmine illatis* (Ferrara: Victorius Baldinus, 1596).

Sin embargo no hay que olvidar que las grandes armas de las batallas no eran todavía la artillería y la escopetería, sino las picas y las partesanas, esas hachas de mango largo que siguen exhibiendo los miembros de la Guardia Suiza vaticana.

Unas armas que eran empleadas, además, con una crueldad casi inhumana. Nada tenían que ver las batallas de los españoles contra los protestantes de entonces con las que contemplamos actualmente por televisión. Hoy falta encarnizamiento, ese dejar a los heridos medio descuartizados, cuando no se conseguía matarlos. Con razón el capitán Martín de Eguiluz, que conocía bien el paño, escribe en 1595<sup>1</sup>, después de considerar que conviene haya en los tercios prostitutas<sup>2</sup>:

*"Debe mandar que en su tercio no haya oficial, ni soldado amancebado, por muchos respetos: si bien debe de conceder que haya algunas mujeres públicas en cada compañía, si quiera cuatro por ciento, y bastarían, aunque hay estatuto viejo de ocho por ciento, y estas han de estar en cuartel separado. Si es presidio donde más oculto sea, por lo que conviene a la honestidad de la vecindad, y es muy conveniente que las haya por evitar mayores daños: a las cuales se debe dar*

*casa, y servicio gratis, como a los soldados, que también es provecho de los vecinos de las tierras que las haya por que sus hermanas, mujeres, e hijas están más seguras ... y para lo que importa a la salud de los soldados, han de ser visitadas por el barbero que se ha de señalar para este efecto cada ocho días, por que no infeccionen la gente".*

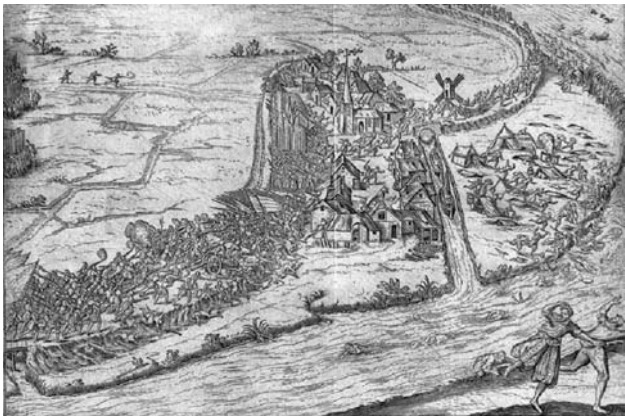
Y tan imprescindibles como ellas resultaban un médico docto, que *"ha de servir en el hospital de su tercio, donde ha de tener su botica, para que haya de todas las medicinas necesarias, y de continuo se ha de llevar en su tercio, pues lo pagan los soldados del"*<sup>3</sup>; y un cirujano, *"un buen cirujano para su tercio, y que sea tal, porque suele haber heridas gravísimas en los soldados: y siendo bueno el cirujano se remedian y curan, y si sabe poco, y es desgraciado mata a los que caen en sus manos. En este oficio es necesario sea hábil, y tenga buena mano"*<sup>4</sup>.

### EL SOLDADO ESPAÑOL

¿Cómo era el soldado español de la época? Desde luego, mucho más bajo que sus adversarios. La dieta no perdona y la de los castellanos se componía básicamente de legumbres y cereales, con muy escasa proporción de proteínas, si es que tal proporción existía. Una *Memoria* realizada en la ciudad de



Figura 1.- Batalla en Flandes. Parte baja: mosqueteros españoles en acción



**Figura 2.-** Batalla de Jemmingen.

Valladolid en fecha tan avanzada como 1894, declara que la nutrición de las clases bajas, las que proporcionaban los soldados, "consiste generalmente en el pan como base principal, legumbres y verduras, a las que añaden poquísima cantidad de aceite o sustancias grasas para su condimentación, y vino que siempre tratan de tener, aunque no tanto como fuera su deseo. De sustancias animales, como carnes y pescados, poquísima cantidad o nula, por su elevado precio" <sup>5</sup>.

Los peninsulares eran bajitos frente a sus contrarios europeos, como cuenta el autor de la *Fastiginia*, al relatar la llegada del embajador de Inglaterra a Valladolid en 1605: "No dejaré de deciros cuán ricamente vi vestidos a los ingleses, lo que particularmente noté, y en otros días en que los vi comer y en que fui a ver la recámara del almirante <sup>6</sup>, donde dejan las capas cuando se ponen a la mesa. Son altos de cuerpo, conocidamente más que nosotros, blancos y rubios, y traen el cabello como Nazarenos..." <sup>7</sup>.

Eran tan altos que impedían ver las procesiones a los españoles que tenían la mala fortuna de quedar detrás de ellos, pero los castellanos se vengaban opinando en sus corrillos que sí, que eran más altos, pero "fríos, desmadejados y sin bríos". También las castellanas se rieron a gusto de las inglesas cuando las invitaron a merendar en sus casas. Las españolas de entonces no se sentaban en sillas. Las sillas estaban reservadas a los varones, mientras las mujeres se reunían en los estrados, repletos de cojines, para depositar sus nobles posaderas en el suelo, con las piernas cruzadas por delante "a la morisca". Las inglesas no habían practicando nunca semejante postura y, tan largas, tan sin saber qué hacer con vestidos y extremidades, provocaron muchas carcajadas en sus temporales amigas.

Los archivos españoles están llenos de listas de soldados que nos pintan sus características tan bien como cualquier cuadro de la época. La guerra se nutría de hombres y los hombres no tenían excesiva vocación por ir a un lugar lejano y extraño, de donde podían no regresar, o hacerlo estropeados. Francisco López de Villalobos, médico del emperador Carlos V, tuvo un hijo en la guerra y muestra su retorno así: "Yo no le pude conocer porque con la mala vida viene muy corcovado, que no lo solía ser, y tan negro como un etiope, y en esto parece moro; y trae la espada anecha <sup>8</sup>. Digo Caya León, y en

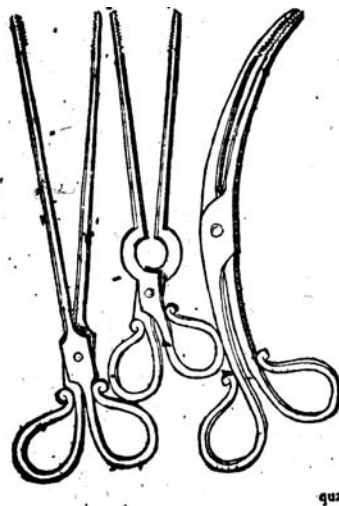


**Figura 3.-** El Duque de Alba en Flandes.

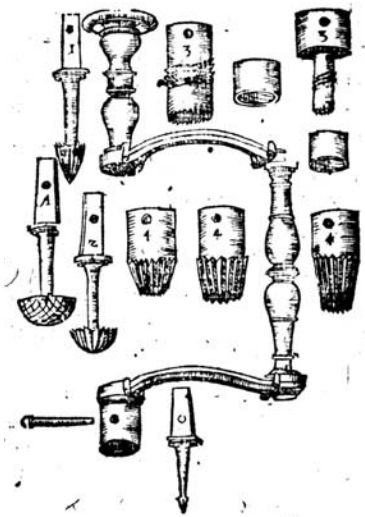
esto parece cristianillo, y trae las calzas todas rotas por el culo, y en esto parece puto, y trae la barba muy negra y muy sucia, y en esto parece cabrón, y con la hambre que trae parece perro, y tiene un dedo de la mano quemado, y viene muy necio; así que sobre todos los otros títulos es también Scévola <sup>9</sup> y es Bruto" <sup>10</sup>.

Vocación no había, pero sí obligación y necesidad. Obligados a la guerra iban los presos de la cárcel, los vagabundos y los *quintos*. Los hombres normales de la Corona de Castilla eran pecheros, es decir pagadores de pechos, de tributos, y en pagar a las clases que estaban por encima de ellos se iban sus esfuerzos. La décima parte era de la iglesia y la quinta parte era del rey.

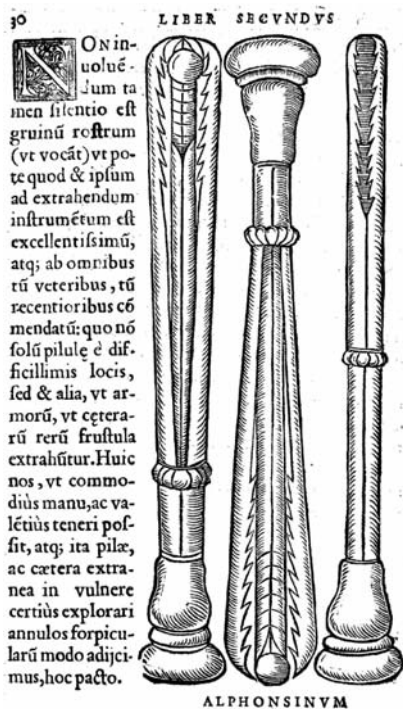
La quinta parte. La quinta parte de cualquier riqueza que pudiera haber en los territorios propiedad de la cabeza coronada. La quinta parte de los minerales de una mina, la quinta parte del tesoro encontrado y ¿cómo no? la quinta parte de los hombres, porque los hombres eran el oro de las batallas. Cuando el rey se metía en guerra, un emisario llegaba recla-



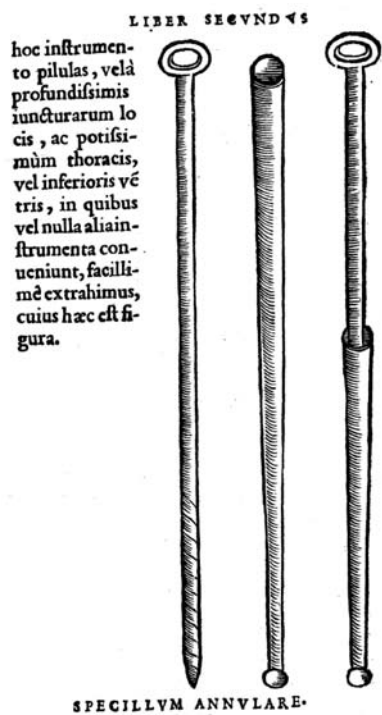
**Figura 4.-** Pinzas para extraer cuerpos extraños. Botallo, *De curandis vulneribus sclopetorum*, 1560.



**Figura 5.-** Trépano. Botallo, 1560.



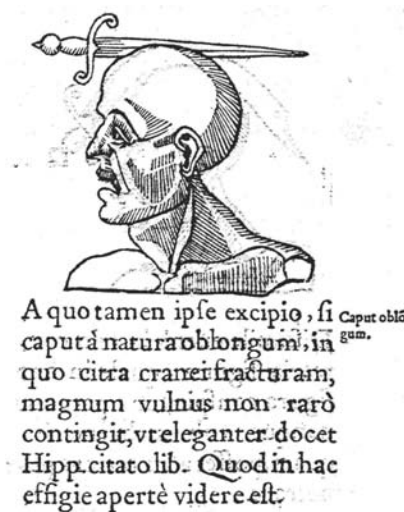
**Figura 6.-**  
 Sondas. Ferri,  
 De scopetorum,  
 1553.



**Figura 7.-**  
 Alfonsinas para  
 extraer balas.  
 Ferri, 1553

mando de cada pueblo y de cada ciudad lo que les correspon-  
 día. Entonces se hacía un sorteo entre todos los varones útiles  
 y a quien le tocaba la suerte le correspondía fatalmente ir a la  
 guerra. Un hombre de cada cinco. Un sorteo de los quintos,  
 que hunde sus raíces en lo más profundo de nuestra historia.

Presos y quintos eran los obligados, luego estaban los  
 voluntarios. Un día, al alba, un tambor comenzaba a atronar  
 las calles. Le acompañaba un alférez, que sostenía en alto una



**Figura 8.-**  
 Andrés Alcázar,  
 Chirurgiæ libri  
 sex, 1575

bandera. Al llegar a las plazas y lugares despejados, el parche  
 callaba, y el alférez gritaba, con la voz más potente que podía,  
 que el capitán *Fulano* había llegado la tarde anterior con la  
 intención de levantar compañía, que quienes quisiesen apun-  
 tarse lo hiciesen en tal lugar, ante tal escribano, y que, a cam-  
 bio, recibirían una cierta cantidad de dinero para proveerse de  
 botas y lo que fuese menester para la larga marcha que les espe-  
 raba hasta Flandes o Italia.



**Figura 9.-** Cirujanos en el campo de  
 batalla. Croce, *Chirurgiæ uni-*  
*uersalis*, 1596

Son estas lis-  
 tas de voluntarios,  
 levantadas ante  
 escribano, las que  
 abundan en los  
 archivos, desde  
 mediados del XVI  
 hasta finales del  
 XVII.

Son relaciones  
 de soldados en las  
 que el escribano  
 trata de pintar al  
 recluta en sus ras-  
 gos esenciales,  
 para que no  
 tenga escapatoria  
 luego, porque  
 muchos, una vez  
 cobrados los dine-  
 ros del alistamien-  
 to, desaparecían.

Son listas como la de la compañía que levantó el capitán  
 Tomás de Uceda en Medina del Campo el 1 de Abril de 1591,  
 un documento largo, que se hace corto al traducirlo al idioma  
 estadístico <sup>11</sup>.

Sus mandos eran el propio capitán Tomás Uceda del Águila,  
 el alférez Pedro Uceda del Águila, el sargento Diego de  
 Eraso, el abanderado Alonso Hernández, de diez y ocho años,

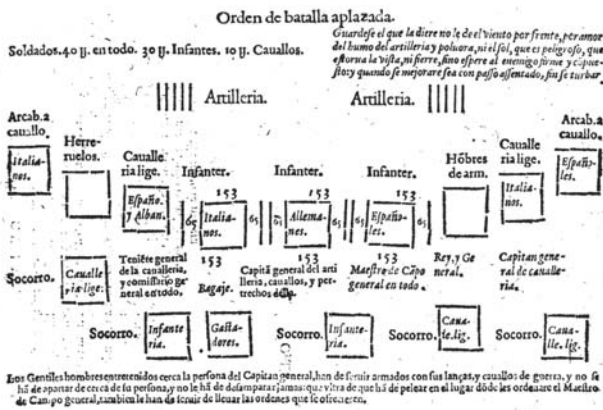


Figura 10.- Disposición de tropas en el campo de batalla. Eguiluz, Milicia, discurso y regla militar, 1595.

y los tambores Sebastián Moreno, mulato de veinte, y Antonio de Ledesma, de diez y ocho.

Tras ellos los soldados, hasta cantidad de ciento cincuenta y uno de ellos, la mayoría de veinte años, con una edad media para la compañía de 23.78, y un techo de cincuenta, en la persona de Domingo de San Juan, el cual es descrito como: "Domingo de San Juan, natural de Nájera, moreno de rostro, cano, cejijunto, de edad de cincuenta años".

### EN EL CAMPO DE BATALLA

Lo que queremos comentar es un documento, inédito, en torno a la muerte de un soldado. La muerte de uno del tipo de los reclutados por el capitán Tomás de Uceda, en la derrota sufrida por el tercio de Cerdeña en tierras de Flandes.

La fuerza de los ejércitos españoles de la época, la de dichos Tercios, no estaba en las individualidades, ya hemos visto que la mayor parte de los europeos superaban a los peninsulares en estatura y en fuerza, sino en la disciplina. El tercio era férrea disciplina y unión. La muerte llegaba cuando las filas se rompían, de hecho los españoles de los siglos XVI y XVII suelen hablar de la *rota*, es decir de la ruptura de las líneas, más que de la *de- rota*.

Martín de Eguiluz da instrucciones para resistir en el campo de batalla, hombro con hombro, y sin romper la formación.

"y [si] peleando fuese muerto su capitán, no se desmayen que queda el alférez, y si este muere el sargento, y si también muere (que lo quiero extremar tanto como esto) elijan al momento el cabo de escuadra de mejor opinión, o si no un oficial reformado<sup>12</sup>, o el que mejor les pareciere les gobernara: y a este han de obedecer como si fuese su capitán [...] y defiéndanse hasta más no poder: y si no pueden haber orden, ni aviso de su superior, ni les pueden socorrer, ni tienen qué comer, y se les acaban las municiones (que es su salud en tal hora) han de mostrar más ánimo y poder, y cargar más al enemigo para ver su intento: y si él todavía hace fuerza en quererle ganar, y ya no tienen pólvora, y es apocada la gente, y de fuerza se han de perder: en tal caso hagan su consejo, y determinen a media noche (que es el cuarto más pesado) de salir de allí muy cerrados, y en orden de pelear, entregando la bandera a una persona principal y de confianza que la lleve arbolada y no de otra manera, pero muy recuelta al asta, y cabe ella otros tres o cuatro amigos con mucho

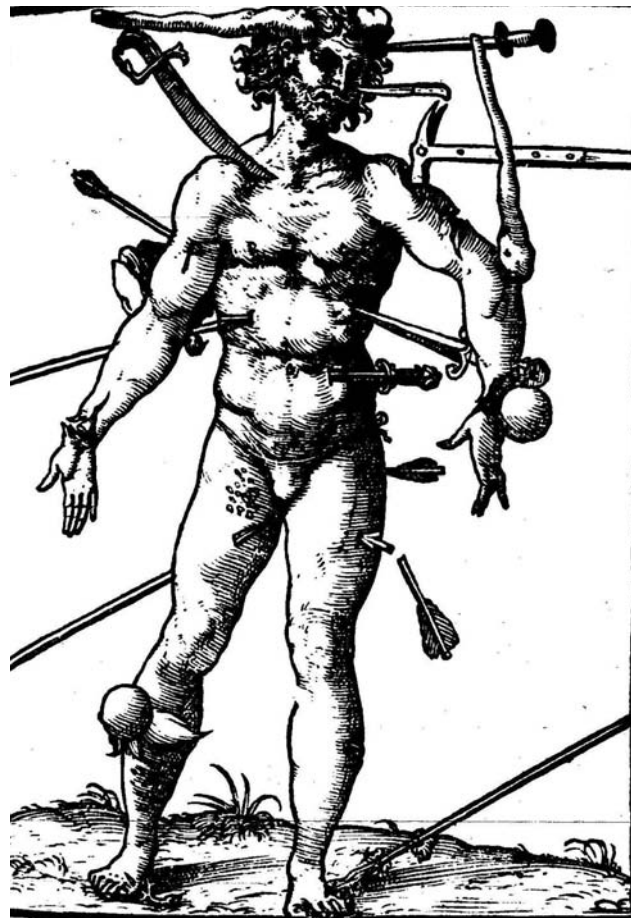


Figura 11.- Heridas del soldado. Tagault, De chirurgica institutione, 1544.

*cuidado, que si él cayere la alce y lleve el otro compañero, y rompan por el camino que ellos mejor saben para su viaje, que con la codicia que el enemigo tiene de haber aquella empresa, y el terror de la noche les ayuda a salvarse con su bandera, que es lo que importa"*<sup>13</sup>.

### LA MUERTE

El orden era lo que importaba. Sin orden la muerte era segura, como la que le llegó al soldado vallisoletano Gregorio Páez en 1568.

El documento es escalofriante. Se trata de una información realizada en la fortaleza de Bolduque, capital del Brabante Septentrional, a petición de Mariana Páez, para demostrar que su hermano había muerto y, por tanto, ella quedaba heredera de sus bienes<sup>14</sup>.

Jerónimo Hidalgo, auditor del Tercio de Nápoles, fue el encargado de hacerla, en nombre del Duque de Alba, encadenando una serie de testimonios, que pintan un cuadro inmejorable de lo que eran los pormenores de una batalla.

Juan de Villellas, moreno, es decir mulato, como el tambor de la compañía de Tomás de Uceda, Correo de la gente de guerra española, declaró:

"Gregorio Páez, soldado que fue de la compañía del capitán don Álvaro Osorio, del tercio de Cerdeña, es muerto y pasado de esta presente vida en un rencuentro que se tuvo en la jornada primera que el conde de Aranbergue, que murió en la pelea<sup>15</sup>, y el maestro de campo Gonzalo Bracamonte<sup>16</sup>, con su tercio de Cerdeña, hicieron en la jornada primera de Frisa cuando por los enemigos fue roto cierta parte del dicho tercio".

Hoy día se conoce como campaña de Frisia y batalla de Jemmingen. Guillermo de Orange y Luis de Nassau invadieron Flandes, pero cometieron el error de encerrarse en la península de Frisia, entre el río Ems y el golfo de Dollard. El Duque de Alba aprovechó la oportunidad para bloquear al enemigo con los tercios españoles de Nápoles, Sicilia, Lombardía y Flandes, valón y alemán, acompañados de la caballería, causando una grave derrota a los protestantes.

Pero antes de la victoria sucedió el triste episodio del descalabro del tercio de Cerdeña al que pertenecía Páez, descrito en los **Comentarios** de don Bernardino de Mendoza como "Ocasión de la rota de los españoles y banderas del conde de Aremberghe"<sup>17</sup>:

"la desorden con que los nuestros quisieron pelear, que es de juzgar haber procedido del menosprecio, y poca estima en que tenían a los enemigos, por respeto de haberlos hecho pocos arcabuceros retirar, y huir el día antes vergonzosamente. Cargando pues su mayor escuadrón a las picas del pantano (como he escrito) el otro escuadrón más pequeño caminó por aquella loma, y falda de ella a la punta del bosque, que estaba cerca del camino, donde nuestra gente hacía alto, que aún todavía venía deshilada para cortarles el paso, y que no pudiese socorrer a la que estaba delante.

Al mismo tiempo que las picas del escuadrón grande invistieron con los nuestros en los lodazales y pantanos, el conde de Aremberghe viéndolos rotos, cerró con pocos caballos de gentiles hombres suyos, y de otros que le acompañaban, con la caballería de los enemigos, que no era mucha, y estaba sobre el mismo camino: la cual traía a su cargo el conde Adolfo de Nassau, hermano tercero del príncipe de Orange: y combatiendo valientísimamente el de Aremberghe, mató por su propia mano al conde Adolfo [...] y allí en el propio camino cayó su caballo con él [con el de Aremberghe] por estar herido de un arcabuzazo [...] No hallándose el conde por las heridas que tenía en disposición para caminar a pie, por el peso de las armas, y haberle dado la gota pocos días antes en un pie se arrimó a la puerta de un prado cerca del camino, adonde llegó una gran tropa de enemigos [...] peleando la espada en la mano [...] a la fin los muchos rebeldes que le cargaban le acabaron de matar, y a cuantos se hallaban con él [...]

Murieron en esta rota cuatrocientos y cincuenta soldados de nuestra parte, la gente más particular de aquel tercio, y entre ellos tres capitanes, don Álvaro Osorio, y Juan Páez de Sotomayor, y Periche de Cabrera, y siete alféreces".

Una página especializada lo explica así:

"El 23 de mayo las tropas de Arembergh y Bracamonte, caminan aprisa tras los enemigos, recibiendo aviso durante la mañana que el conde de Mega ha de llegar esa misma noche. No obstante no aguardan la llegada de los refuerzos y siguen en su acoso a los rebeldes.

Al llegar por el camino que conducía a la abadía [de Heyligerlle], ven dispuestos a los enemigos en dos escuadrones, uno de unos 1.600 infantes, y el otro de unos 900, guarnicionados ambos con mangas de arcabuceros, a un lado la caballería,

y al otro, sobre una pequeña loma contigua a un bosque, una manga de arcabuceros de mayor tamaño.

Los arcabuceros españoles que iban en vanguardia por el camino, llegaron al puesto que ocupaba esta manga de arcabuceros, y con las seis piezas de campaña que llevaban, comenzaron a batirlos, haciéndoles desalojar el puesto, retirándose estos hacia sus escuadrones.

Sin aguardar los arcabuceros españoles que se formase su escuadrón a las espaldas [formación que es la fuerza de un ejército, desde donde se alimenta el combate que se hace con la arcabucería, y donde se pueden recoger los soldados entre los piqueros si son rotos por el enemigo] comienzan a perseguir a los arcabuceros del enemigo, seguidos asimismo por doscientos coseletes [piqueros con armadura] que salieron a la deshilada [sin mantener ninguna formación].

Esos hombres serían rotos por las mangas de arcabuceros y los propios escuadrones del enemigo, que mantenían su formación, detrás de un terreno privilegiado [...] Entraron en Groninga algo más rotos por el enemigo, cuando la muestra del tercio de Cerdeña hecha en Julio de 1567 era de 1.728 hombres. El Duque de Alba, calificó como vergonzosa y cobarde la retirada del tercio de Cerdeña, y dos meses después, se curaría de tal humillación disolviendo la unidad, excusando la reorganización en unas alteraciones que estos provocaron a su regreso de Jemmingen"<sup>18</sup>.

En la fecha de la información para Mariana Páez, el tercio de Cerdeña no existía ya, pero parte de sus antiguos componentes se habían integrado a otras compañías. De ellos son los testimonios que siguen, nunca publicados hasta ahora, de la famosa rota del Conde de Arembergh.



Figura 12.- Cirujanos en el campo de batalla, Tagault, 1544.

Nicolás de Escobar, soldado el 13 de Junio de 1570 de la compañía de don Luis de Reinoso en el tercio de Nápoles, y natural de Valladolid, 25 años: "conoció al dicho Gregorio Páez en él [interrogatorio] contenido desde la villa de Valladolid, porque se trataban en la dicha villa y después de esto el dicho Gregorio Páez y este testigo estuvieron en un tercio siendo soldados donde asimismo se volvieron a ver y se trataron, que el dicho tercio fue el del maestro de campo don Gonzalo Bracamonte, por orden fue a la primera jornada de Frisa con el conde de Aranbergue donde en cierto encuentro que con los enemigos se tuvo se perdieron cierta parte del dicho tercio donde mataron su general que fue el dicho conde de Aranbergue y a don Álvaro Osorio que fue su capitán y otra mucha gente entre la cual murió el dicho Gregorio Páez, porque este testigo le vio ejecutar al dicho Gregorio Páez cuatro luteranos con alabardas o chuzos y lo vio derribar en tierra de los golpes que le daban, lo cual sabe porque este testigo era soldado del dicho tercio como dicho tiene y cuando les acometieron los enemigos iban todos dos casi juntos en una manga de arcabuceros y después de haber rompido cierta parte de la dicha gente yéndose retirando la mayor parte del dicho tercio salieron juntos el dicho Gregorio Páez y este testigo y como la tierra es todo fosas iba delante este testigo y el dicho Gregorio Páez iba atrás de él y habiendo este testigo saltado un foso volvió la cabeza para ver si él lo había pasado y vio cómo le estaban ejecutando los dichos cuatro o cinco enemigos hasta que cayó en tierra muerto y por esto que dicho testigo sabe por muy cierto que murió allí [...] y sabe que mataron más de trescientos y cincuenta soldados en el dicho encuentro y asimismo sabe que lo que tenía en ropa y dineros, si algo tenía, lo perdió cuando lo mataron, con las armas que llevaba, como los demás que allí se perdieron".

Diego Ruiz de Porras, soldado de la compañía del capitán Pedro de Rodas, del mismo tercio de Nápoles, natural de Ailanes, 30 años: "el día que el dicho tercio fue roto por la mañana almorzaron juntos y casi todo aquel día lo fueron, porque no iban más de tres o cuatro hileras el uno del otro hasta tanto que se dio el dicho negocio, y retirado este testigo a Gruini [Groninga], preguntando por él a sus amigos y camaradas, le dijeron que fue muerto en la dicha rota y este testigo tiene por muy cierto que es muerto porque en el sitio donde estaban, que era entre sus enemigos, y no había retirado ninguno para poderse salvar si no era adonde todos los que quedaban se salvaron, que es una villa llamada Gruini".

Siguen testimonios similares de Sebastián Zurita, soldado de la compañía del capitán don Luis de Reinoso del tercio de Nápoles, vecino de Villalón, 22 años; y de Miguel Quintero, de la compañía del capitán Baltasar Franco, asimismo de Villalón, 27 años. Quintero precisa algo más la ejecución de Páez: " viniendo él y otro soldado [Nicolás de Escobar] retirándose como los demás que se escaparon, que se volvió a tirar un arcabuzazo a los enemigos que lo ejecutaban junto a un pantano, y no pudiéndolo pasar llegaron cuatro o cinco enemigos a él, le mataron e hicieron pedazos".

Con razón el capitán Eguiluz pedía cirujanos buenos para el ejército. Descartados los muertos, no iban a encontrar en los hospitales de campaña heridos, sino más bien hombres hechos pedazos. Ejecutados.

#### REFERENCIAS

1. Facultad de Medicina. c/ Ramón y Cajal, 7. 47.005 Valladolid. rojo@med.uva.es

2. *Milicia, Discurso y Regla Militar*, Amberes: Pedro Bellero, 1595.
3. *Ibidem*, fo. 64-64v, "El Maestro de Campo no consienta en su tercio ningún amancebado, pero algunas mugeres públicas sí".
4. *Ibidem*, fo. 62v.
5. *Ibidem*, fo. 62v-63.
6. *Memoria que la Junta Local de Sanidad de Valladolid eleva al Consejo de Sanidad del Reino en cumplimiento del decreto de 23 de Marzo de 1894*. Ed. Anastasio Rojo. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 2006, pag. 14.
7. *Lo era a la sazón, con cinco años, don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, tutelado por su madre, doña Vittoria Colonna. El antiguo palacio de los almirantes es hoy el Teatro Calderón de Valladolid*.
8. *Tomé Pinheiro da Veiga. Fastiginia. Vida cotidiana en la corte de Valladolid*. Trad. Narciso Alonso Cortés. Valladolid: Ámbito, 1989, pag. 148.
9. *Solamente he encontrado citada la espada ancha, la típica medieval pesada y de dos filos*. Anastasio Rojo, *El Siglo de Oro. Inventario de una época*. Salamanca: Junta de Castilla y León, 1996, pag. 190.
10. *El patricio romano que metió en el fuego la mano con la que había acuchillado al rey Porsena, exclamando "Poca cosa es el cuerpo, para quien sólo aspira a la gloria"*.
11. *Francisco López de Villalobos. El Sumario de la Medicina con un tratado sobre las pestíferas buvas*. Ed. E. García del Real. Madrid: Cosano, 1948, pag. 100.
12. *A.H.P.V., protocolos, leg. 6.274, fo. 113*.
13. *Según el Diccionario de la Lengua Castellana en su edición de 1817, pag. 741, oficial reformado era "el oficial militar que no está en actual ejercicio de su empleo". Estaría en la compañía como soldado veterano*.
14. *O.c. fo. 73v*.
15. *Archivo Histórico Provincial de Valladolid, protocolos, leg. 66, fo. Cxlvii*.
16. *Diego Ximénez Ayllón le dedicó un soneto "A la muerte y sepultura del valeroso conde de Arambergue". Dice así: Este es el cuerpo belicoso / adonde habitó el alma en fe cumplida / que de este suelo al cielo fue subida / con victoriosa palma a más reposo. // El cuerpo quedó en calma valeroso / que a Dios sirviendo en lid perdió la vida / mas le tuvo la eterna apercebida / no siendo en este caso perezoso. // En Frisa contra hueste Luterana / viril y osadamente combatiendo / habiendo dado al Conde Dolfos muerto. // Murió sus fuertes armas resistiendo / yendo por general de la Cristiana / y consiguió muriendo mejor suerte*.
17. *También tuvo su correspondiente soneto del mismo "Al maestro de campo don Gonzalo de Bracamonte": Ya es justo que tengáis gusto cumplido / dejando la tristeza y sentimiento / pues vuestro valeroso pensamiento / de fortaleza fue siempre encendido. // Que Aníbal capitán muy escogido / cargado de victorias tan sin cuento / gustó de miserable vencimiento / y de Leónida Xerxe fue rompido. // Mas no murió de aquellos la memoria / que fama sus hazañas nos publica / con rostro alegre y trompa resonante. // Y vos en quien virtud se multiplica / sois digno de inmortal renombre y gloria / pues van vuestros servicios adelante*.
18. *Comentarios de don Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en las Guerras de los Payses baxos, desde el Año de 1567 hasta el de 1577*. Madrid: Pedro de Madrigal, 1592, 50-51v.
19. <http://www.elgrancapitan.org/portal/index.php/articulos/historia-militar/1168-episodios-de-la-guerra-de-flandes-la-batalla-de-jemmingen-1568->